

(Beirut) El habitual recuento de heridos, muertos y sobrevivi--entes ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos.
Todos saben que el bombardeo recomenza-rá en breve borrando la casi inexisten-te línea divisoria



entre la vida y la muerte en esta gue-rra donde los ali-ados de antes son los enemigos de hoy. Solo el azar y el dólar determinan quienes sobrevivirán a la próxima sinfonía de la artillería

UN VIAJE
AL PAIS
DE LA GUERRA
Y EL DOLAR

LA RULETA LIBANESA



UN VIAJE AL PAIS DE LA GUERRA Y EL DOLAR

LA RULETA LIBANESA

Por Maruja Torres, desde Beirut

Los ojos de Beirut, que han visto tanto, han tenido que estrenar una mirada nueva para enfrentarse con la devastación que los implacables bombardeos del domingo pasado, cruzados rabiosamente entre el ejército del general Michel Aoun, presidente del llamado gobierno cristiano, con sede en el Este, y las fuerzas musulmanas, reforzadas, y cómo, por el ejército sirio de ocupación, contra el que Aoun dirige su enloquecida campaña de "liberación", aunque sea a costa de provocar el exterminio de todos los libaneses.

Nadie calcula cuánto tiempo cayeron las bombas sobre la bien amada, pero peor odiada, ciudad tenida en otra época por la Suiza de Oriente Próximo. Esos cálculos pertenecen a los primeros días de esta guerra feroz, que entra ya en su jornada número 38 y ha dejado a los libaneses sin fe y sin esperanza, encogiéndose de hombros ante las tentativas de tregua y ante las treguas mismas, ocupados tan sólo en la más cruda y dura tarea de la supervivencia.

La saña con que el domingo pasado, la peor jornada, los proyectiles se abatieron sobre Beirut oeste, así como sus características, cohetes de media distancia y los llamados "órganos de Stalin", que pueden enviar 36 de estos mortales artilugios, que se despliegan en abanico al alcanzar el objetivo, hacen pensar que ese ataque fue una demostración de poderío militar de la milicia cristiana Fuerzas Libanesas, del superderechista Samir Geagea, hoy aliado de Aoun, pese a que hace sólo unos meses se combatieron a muerte. Así son en este país los "señores de la guerra".

Entretanto, el pueblo muere o contempla desolado la huella que la muerte dejó en su ciudad unas horas antes. Y, entre los muertos, el embajador español, Pedro Manuel de Aristegui, su suegro, su cuñada y un guardaespaldas.

Madrugada, mediodía y atardecer parecen ser los periodos favoritos para lanzar las andanadas, lo cual no significa que el resto del día resulte tranquilo. Los beirutíes aprovechan el breve lapso intuido —jamás confirmado—, durante el cual siempre cae una bomba u otra, para salir a constatar el desastre, enterrar a sus muertos, visitar a sus heridos, realizar las urgentes compras del día en los escasos puestos de fruta y alimentación que se atreven a abrir sus puertas o instalar sus humildes puestos, siempre cerca del refugio subeterráneo en el que la familia aguarda y donde los niños resisten el peso de una infancia apenada por tantas guerras. Entretanto suenan proyectiles aislados.

Gatos histéricos

Los refugiados se organizan como pueden, a un paso de la alienación. Entre el aullido de los gatos histéricos tratan de encontrar medicinas para sus familiares realmente enfermos o atacados por la somatización del pavor. La suciedad, la falta de medios; escasean los alimentos, no hay electricidad, pero tampoco hay dinero para comprar. Ni siquiera los famosos "choferes de guerra", salvo alguna excepción, se atreven a ganarse la vida a peligrosa manera. "Créeme —me decía Sami, que me ha acompañado en tantas ocasiones a través del Líbano— no vale la pena. Todo es peligroso", y para conmoverme me mostraba a su hija menor, Diana, de cinco años. Sami ha trabajado como un perro durante los 14 años de guerra para mantener a su familia y enviar a su primogénito a estudiar mecánica en Niza. Nunca habría desdeñado un dólar. Hoy se esconde en su casa y me muestra a su hija pequeña para que no lo obligue a circular.

Sólo durante ese espacio suspendido en el tiempo, tras los bombardeos del amanecer, circulan los vehículos indispensables, camino de urgentes asuntos. Van a tal velocidad que son casi tan peligrosos como las bombas. La gente que camina lo hace en estado de parálisis, con la atonía del descubrimiento de que todo puede resultar peor de lo que fue. Circulan entre vehículos calcinados, alfombras de cristales rotos, huellas de sangre. Constatan las desapariciones. Yo misma me convierto en parte de su asombro. El domingo compré una docena de botellas de agua mineral. El lunes, he pasado por el hueco en que se ha convertido la tienda en donde las adquirí, y nadie sabe qué ha sido del muchacho amable que me ayudó a transportarlas hasta el coche. Tras esta agitación, de repente, desaparece la vida. Es una sensación aterradora. Nadie en las calles, tratás de llegar lo antes posible a tu reducto, y los neumáticos chirrian en las calles desiertas, el miedo empieza a retumbar contra el cielo como sobre una pandereta. Están bombardeando nuevamente.

Ajedrez demencial

Y lo único importante, mientras uno permanece encerrado en su casa o bajo tierra, es distinguir de dónde vienen los proyectiles y cuáles son sus posibilidades mortíferas. Los pocos corresponsales extranjeros y los enviados especiales lo aprendemos de los libaneses, que son maestros del oído, porque serlo puede salvarte un brazo, una pierna o la vida. Hay que saber, primero, quién está lanzando. Si se trata de un sonido seco, es que el proyectil ha salido en dirección contraria. Eso significa que inmediatamente habrá respuesta. Y hay que abandonar los pisos altos, en donde estallan los morteros, y tenderse en los pasillos interiores de las casas. Hay que quedarse ahí, mientras la orgía de prepotencia continúa por encima de nuestras cabezas, y maldices la causa, cualquier causa, que ha podido conducir a este desatino. Porque quienes mueren son los civiles. Siempre civiles. Juegan con ellos al ajedrez, a ver quién jode antes al adversario con su capacidad de destrucción.

Anoche me asomé al balcón del piso en el que vivo. Está muy alto y no es seguro. Esta noche lo abandonaré por una primera planta, algo más protegida, aunque esta alquimia mental de meterse en un sitio u otro carece de lógica, como todo aquí. Ese refugio que busco está al lado de un hotel convertido en cuartel sirio. Pero uno sólo puede ser solidario en la demencia. Ningún lugar en Beirut, ni en el Este ni en el Oeste, ofrece la más mínima garantía. Creemos que los sacos de arena y las murallas de ladrillos nos protegerán, pero que Dios nos ampare. Esta ya no es la guerra de los francotiradores, de las milicias brutalmente desencadenadas. Son bombas, y su objetivo es la ciudad entera.

Entonces, anoche me asomé al balcón y vi Beirut reducida a su esencia de pesadilla. Bañados únicamente por la luna, los blancos edificios vacíos mostraban su laberinto de ventanas oscuras. El silencio humano era escalofriante, indescriptible, final. Para entretenerme, empecé a afinar la oreja, como los beirutíes: "Esta entra, ésta sale, ésta ha caído a 200 metros...". Hay que dormir vestido y con un solo ojo. Cualquier instante puede ser hora de correr. No hay agua. La suciedad se acumula. Es una ciudad de "camisas conocidas", cada día con un nuevo brochazo de historia. Reconozco a mis amigos nuevos por sus ropas, por su olor. Y si hubiera agua, nadie querría que la muerte le sorprendiera en la ducha, en su desnudez.

La noche ha sido dura. Decenas de cohetes de lanzamiento simultáneo han dejado la ciudad prácticamente sin una calle intacta, a lo largo de un bombardeo que comenzó a media tarde y cesó a las cinco de la madrugada.

A eso de las dos, a la sinfonía artillera se unió en la capital libanesa el estruendo de los cañonazos que las dos fuerzas enemigas se estaban atizando en plena línea verde de separación de los dos sectores de la capital libanesa, utilizando carros de combate.

Por la mañana salimos a buscar las nuevas heridas de Beirut. No hizo falta ir muy lejos. Un proyectil había caído en la casa de al lado.

En el distrito de Aisheh Bakkar, una familia sufrió la pérdida de cuatro de sus miembros a causa de un obús de 240 milímetros que pulverizó su refugio, construido en la planta baja de su humilde hogar. Cuatro muertos y 10 heridos, entre ellos dos niños.

Hasta ahora la gente se creía a salvo bajo tierra. Ese mito también se ha desplomado. Galeani Itani, que se salvó porque había pasado la noche en casa de unos parientes, llegó a tiempo para ver cómo los muchachos de la Cruz Roja rescataban los cadáveres de sus parientes.

Al otro lado, en el puerto de Junie, cientos de aterrorizados cristianos que trataban de huir de la guerra en un transbordador en dirección a Chipre fueron sorprendidos por los bombardeos mientras esperaban en el puerto. El pánico los hizo pisotearse unos a otros.

Todo el que puede abandona Beirut: unos van hacia la relativa seguridad del sur del Líbano, otros intentan alcanzar Chipre como sea, otros huyen hacia Damasco.

La carretera que conduce a la capital de Siria está llena de coches que transportan en el techo colchones y los enseres indispensables. Pero la mayoría de la gente, en esta ciudad de 1,5 millón de habitantes, es pobre, lo ha perdido todo. Y tiene que quedarse en la ratonera, sin otro espacio en que moverse que el de sus estrechos refugios.

El habitual recuento matutino de desdichas ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos. Se enfrentan a los hechos con un rostro lacónico en el que está escrita toda la desesperanza del mundo.

Sólo sonríen, pero con una sonrisa ausente de los ojos, cuando tropiezan con un amigo. Es decir, cuando descubren que aún cuentan con un amigo vivo.

Todos saben que el bombardeo recomenzará en breve, y por eso el saludo es siempre una pequeña alegría que inevitablemente acaba en una despedida incierta.

Con ese espíritu, los habitantes de Beirut se ponen luego a hacer cola en las panaderías, antes de correr a ponerse a salvo.

Al ar el co lo la la ho la di



ENAM DEL D

Por Javier Valenzuela

Beirut siempre a contracorriente, extremado en sus odios y amores, vive un apasionado romance con el dólar. En Beirut, el dólar es el *rey*, su cotización sube y sube frente a la libra libanesa, y se ha convertido en moneda corriente en los intercambios cotidianos, referencia para fijar los precios y refugio para los ahorradores. Es mucho más que un fenómeno económico: es la penúltima expresión de la desintegración en una ciudad. En los breves momentos en que las armas están calladas en Beirut, menos espectacular, el drama

de gr gr Be las fo y, ga be to co nif otr bil

15 años de destr

UNA GUERRA ACCID

(Por Walter Goobar) Un proverbio árabe dice: "Estoy contra mi hermano, pero mi hermano y yo estamos en contra de mi primo. De todas maneras, mi primo, mi hermano y yo estamos contra nuestro vecino". Esta cita milenaria resume, de alguna manera lo que ocurre en el Líbano, arrasado por una guerra civil que días atrás ingresó en su decimoquinto año, con más de 150.000 muertos y una ferocidad que parece no tener límites.

Iniciada "accidentalmente" el 13 de abril de 1975, cuando una milicia cristiana disparó contra un autobús y mató a 27 musulmanes, las consecuencias de la guerra son tales que el Líbano, un país próspero hasta la década del '70, en que era considerado el mayor centro financiero y comercial del Medio Oriente, hoy no consigue contabilizar su población. Los números varían de 2,8 millones a 4 millones de habitantes, divididos en un 62 por ciento de musulmanes (sunitas, chiitas y drusos), y un 25 por ciento de cristianos maronitas (que dominan políticamente el país), además de los griegos ortodoxos, los armenios, los católicos, los protestantes y unos 2000 judíos. Hay, también, cerca de 500.000 palestinos que llegaron al país en 1970, expulsados de Jordania.

La independencia en 1941, y la salida de los franceses en 1945 provocaron el agravamiento de las seculares cuestiones étnicas entre cristianos y musulmanes. La solución fue el Pacto Nacional, un acuerdo no escrito realizado en 1943 que reformuló la Constitución de 1928 y dividió las cuotas de poder. Vigente formalmente hasta hoy, el Pacto mantiene el predominio político de los cristianos, que tienen derecho a elegir al presidente de la república y controlan el 30 por ciento de las bancas en el Parlamento. Los musulmanes, que ahora tienen un gobierno propio, reciben el apoyo de la vecina Siria que, a su vez cuenta con el apoyo de la Unión Soviética. Los musulmanes están divididos en dos grandes grupos (sunitas y chiitas) y en la actualidad se han aliado con los drusos, a quienes anteriormente enfrentaron, para combatir a los cristianos. Los musulmanes pretenden reformular el Acuerdo y redistribuir las cuotas de poder.

En las distintas fases de la guerra se hicieron alianzas y se registraron rupturas entre, prácticamente, todas las partes involucradas. Los radicales drusos que hoy combaten junto a los chiitas, ya lucharon contra ellos aliados a los cristianos, hoy convertidos en el enemigo común. En medio de esa confusión, predominan los intereses estratégicos. Primero los de la vecina Siria que, bajo el pretexto de la guerra civil y lo que ésta significaba para su propia seguridad, invadió el Líbano en 1976 y concentró allí un ejército calculado en 30.000 hombres. En el otro extremo está Israel, que desde 1968 ha realizado innumerables ataques e incursiones, apoya a los cristianos y mantiene un ejército títere en el sur del país.



UN VIAJE AL PAIS DE LA GUERRA Y EL DOLAR

LA RULETA LIBANESA

Por Maruja Torres, desde Beirut

Los ojos de Beirut, que han visto tanto, han tenido que estrenar una mirada nueva para enfrentarse con la devastación que los implacables bombardeos del domingo pasado, cruzados rabiosamente entre el ejército del general Michel Aoun, presidente del llamado gobierno cristiano, con sede en el Este, y las fuerzas musulmanas, reforzadas, y cómo, por el ejército sirio de ocupación, contra el que Aoun dirige su enloquecida campaña de "liberación", aunque sea a costa de provocar el exterminio de todos los libaneses.

Nadie calcula cuánto tiempo cayeron las bombas sobre la bien amada, pero peor odiada, ciudad tenida en otra época por la Suiza de Oriente Próximo. Esos cálculos pertenecen a los primeros días de esta guerra feroz, que entra ya en su jornada número 38 y ha dejado a los libaneses sin fe y sin esperanza, encogiéndose de hombros ante las tentativas de tregua y ante las treguas mismas, ocupados tan sólo en la más cruda y dura tarea de la supervivencia.

La saña con que el domingo pasado, la peor jornada, los proyectiles se abatieron sobre Beirut oeste, así como sus características, cohetes de media distancia y los llamados "órganos de Stalin", que pueden enviar 36 de estos mortales artilugios, que se despliegan en abanico al alcanzar el objetivo, hacen pensar que ese ataque fue una demostración de poderío militar de la milicia cristiana Fuerzas Libanesas, del superderechista Samir Geagea, hoy aliado de Aoun, pese a que hace sólo unos meses se combatieron a muerte. Así son en este país los "señores de la guerra".

Entretanto, el pueblo muere o contempla desolado la huella que la muerte dejó en su ciudad unas horas antes. Y, entre los muertos, el embajador español, Pedro Manuel de Aristegui, su suegro, su cuñada y un guardaespaldas.

Madrugada, mediodía y atardecer parecen ser los períodos favoritos para lanzar las andanadas, lo cual no significa que el resto del día resulte tranquilo. Los beirutíes aprovechan el breve lapso intuido —jamás confirmado—, durante el cual siempre cae una bomba u otra, para salir a constatar el desastre, enterrar a sus muertos, visitar a sus heridos, realizar las urgentes compras del día en los escasos puestos de fruta y alimentación que se atreven a abrir sus puertas o instalar sus humildes puestos, siempre cerca del refugio subeterráneo en el que la familia aguarda y donde los niños resisten el peso de una infancia apenada por tantas guerras. Entretanto suenan proyectiles aislados.

Gatos histéricos

Los refugiados se organizan como pueden, a un paso de la alienación. Entre el aullido de los gatos histéricos tratan de encontrar medicinas para sus familiares realmente enfermos o atacados por la somatización del pavor. La suciedad, la falta de medios; escasean los alimentos, no hay electricidad, pero tampoco hay dinero para comprar. Ni siquiera los famosos "choferes de guerra", salvo alguna excepción, se atreven a ganarse la vida a peligrosa manera. "Créeme —me decía Sami, que me ha acompañado en tantas ocasiones a través del Líbano— no vale la pena. Todo es peligroso", y para conmoverme me mostraba a su hija menor, Diana, de cinco años. Sami ha trabajado como un perro durante los 14 años de guerra para mantener a su familia y enviar a su primogénito a estudiar mecánica en Niza. Nunca habría desdeñado un dólar. Hoy se esconde en su casa y me muestra a su hija pequeña para que no lo obligue a circular.

Sólo durante ese espacio suspendido en el tiempo, tras los bombardeos del amanecer, circulan los vehículos indispensables, camino de urgentes asuntos. Van a tal velocidad que son casi tan peligrosos como las bombas. La gente que camina lo hace en estado de parálisis, con la atonía del descubrimiento de que todo puede resultar peor de lo que fue. Circulan entre vehículos calcinados, alfombras de cristales rotos, huellas de sangre. Constatan las desapariciones. Yo misma me convierto en parte de su asombro. El domingo compré una docena de botellas de agua mineral. El lunes, he pasado por el hueco en que se ha convertido la tienda en donde las adquirí, y nadie sabe qué ha sido del muchacho amable que me ayudó a transportarlas hasta el coche. Tras esta agitación, de repente, desaparece la vida. Es una sensación aterradora. Nadie en las calles, tratás de llegar lo antes posible a tu reducto, y los neumáticos chirrian en las calles desiertas, el miedo empieza a retumbar contra el cielo como sobre una pandereta. Están bombardeando nuevamente.

Ajedrez demencial

Y lo único importante, mientras uno permanece encerrado en su casa o bajo tierra, es distinguir de dónde vienen los proyectiles y cuáles son sus posibilidades mortíferas. Los pocos corresponsales extranjeros y los enviados especiales lo aprendemos de los libaneses, que son maestros del oído, porque serlo puede salvarte un brazo, una pierna o la vida. Hay que saber, primero, quién está lanzando. Si se trata de un sonido seco, es que el proyectil ha salido en dirección contraria. Eso significa que inmediatamente habrá respuesta. Y hay que abandonar los pisos altos, en donde estallan los morteros, y tenderse en los pasillos interiores de las casas. Hay que quedarse ahí, mientras la orgía de prepotencia continúa por encima de nuestras cabezas, y maldices la causa, cualquier causa, que ha podido conducir a este desatino. Porque quienes mueren son los civiles. Siempre civiles. Juegan con ellos al ajedrez, a ver quién jode antes al adversario con su capacidad de destrucción.

Anoche me asomé al balcón del piso en el que vivo. Está muy alto y no es seguro. Esta noche lo abandonaré por una primera planta, algo más protegida, aunque esta alquimia mental de meterse en un sitio u otro carece de lógica, como todo aquí. Ese refugio que busco está al lado de un hotel convertido en cuartel sirio. Pero uno sólo puede ser solidario en la demencia. Ningún lugar en Beirut, ni en el Este ni en el Oeste, ofrece la más mínima garantía. Creemos que los sacos de arena y las murallas de ladrillos nos protegerán, pero que Dios nos ampare. Esta ya no es la guerra de los francotiradores, de las milicias brutalmente desencadenadas. Son bombas, y su objetivo es la ciudad entera.

Entonces, anoche me asomé al balcón y vi Beirut reducida a su esencia de pesadilla. Bañados únicamente por la luna, los blancos edificios vacíos mostraban su laberinto de ventanas oscuras. El silencio humano era escalofriante, indescriptible, final. Para entretenerme, empecé a afinar la oreja, como los beirutíes: "Esta entra, ésta sale, ésta ha caído a 200 metros...". Hay que dormir vestido y con un solo ojo. Cualquier instante puede ser hora de correr. No hay agua. La suciedad se acumula. Es una ciudad de "camisas conocidas", cada día con un nuevo brochazo de historia. Reconozco a mis amigos nuevos por sus ropas, por su olor. Y si hubiera agua, nadie querría que la muerte le sorprendiera en la ducha, en su desnudez.

La noche ha sido dura. Decenas de cohetes de lanzamiento simultáneo han dejado la ciudad prácticamente sin una calle intacta, a lo largo de un bombardeo que comenzó a media tarde y cesó a las cinco de la madrugada.

A eso de las dos, a la sinfonía artillera se unió en la capital libanesa el estruendo de los cañonazos que las dos fuerzas enemigas se estaban atizando en plena línea verde de separación de los dos sectores de la capital libanesa, utilizando carros de combate.

Por la mañana salimos a buscar las nuevas heridas de Beirut. No hizo falta ir muy lejos. Un proyectil había caído en la casa de al lado.

En el distrito de Aisheh Bakkar, una familia sufrió la pérdida de cuatro de sus miembros a causa de un obús de 240 milímetros que pulverizó su refugio, construido en la planta baja de su humilde hogar. Cuatro muertos y 10 heridos, entre ellos dos niños.

Hasta ahora la gente se creía a salvo bajo tierra. Ese mito también se ha desplomado. Galeani Itani, que se salvó porque había pasado la noche en casa de unos parientes, llegó a tiempo para ver cómo los muchachos de la Cruz Roja rescataban los cadáveres de sus parientes.

Al otro lado, en el puerto de Junie, cientos de aterrorizados cristianos que trataban de huir de la guerra en un transbordador en dirección a Chipre fueron sorprendidos por los bombardeos mientras esperaban en el puerto. El pánico los hizo pisotearse unos a otros.

Todo el que puede abandona Beirut: unos van hacia la relativa seguridad del sur del Líbano, otros intentan alcanzar Chipre como sea, otros huyen hacia Damasco.

La carretera que conduce a la capital de Siria está llena de coches que transportan en el techo colchones y los enseres indispensables. Pero la mayoría de la gente, en esta ciudad de 1,5 millón de habitantes, es pobre, lo ha perdido todo. Y tiene que quedarse en la ratonera, sin otro espacio en que moverse que el de sus estrechos refugios.

El habitual recuento matutino de desdichas ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos. Se enfrentan a los hechos con un rostro lacónico en el que está escrita toda la desesperanza del mundo.

Sólo sonríen, pero con una sonrisa ausente de los ojos, cuando tropiezan con un amigo. Es decir, cuando descubren que aún cuentan con un amigo vivo.

Todos saben que el bombardeo recomenzará en breve, y por eso el saludo es siempre una pequeña alegría que inevitablemente acaba en una despedida incierta.

Con ese espíritu, los habitantes de Beirut se ponen luego a hacer cola en las panaderías, antes de correr a ponerse a salvo.

Al igual que en la Argentina, en Beirut el dolar es rey. Al comienzo del conflicto los beirutíes seguían las alternativas de la guerra por radio, hoy solo les preocupa la cotización de la divisa norteamericana

ENAMORADOS DEL DOLAR

Por Javier Valenzuela

Beirut siempre a contracorriente, extremado en sus odios y amores, vive un apasionado romance con el dólar. En Beirut, el dólar es el *rey*, su cotización sube y sube frente a la libra libanesa, y se ha convertido en moneda corriente en los intercambios cotidianos, referencia para fijar los precios y refugio para los ahorradores. Es mucho más que un fenómeno económico: es la penúltima expresión de la desintegración en una ciudad. En los breves momentos en que las armas están calladas en Beirut, menos espectacular, el drama de sus habitantes es tan intenso como en las grandes batallas, asedios y bombardeos.

En invierno llueve torrencialmente y con gran aparato de rayos y truenos sobre Beirut. Las casas se hunden. Hay muertos, las agujereadas calles y carreteras se transforman en ríos, las alcantarillas desbordan y, triste ironía, todo ello provoca que no salga una gota de agua de las canillas. Los beirutíes que aún pueden pagarlo hacen su *toilette* con agua mineral, se forman grandes colas frente a las fuentes públicas y muchos niños ganan unas monedas llenando para otros los bidones de plástico.

A la luz de las velas o de dos o tres bombillas alimentadas con generadores portátiles de gasolina, un millón largo de personas, cristianos y musulmanes, tirita en sus casas, acribilladas en 100 combates. Las lluvias derrumban los postes y cables de alta tensión aún en pie, y los cortes en el suministro eléctrico duran hasta 36 horas consecutivas. Los alimentos se pudren en los frigoríficos, la media docena de cadenas de televisión locales emite programas que pocos pueden ver, la radio de pilas es el principal medio de comunicación.

El regalo beirutí en las pasadas fiestas de Navidad y Año Nuevo ha sido el generador portátil de electricidad. Ese trasto —200 dólares el más barato— se ha convertido en un accesorio doméstico imprescindible.

Durante el día, unas 800 personas recorren las casas y entregan a los vecinos pesados paquetes con el sello *regalo del rey Fahd, custodio de los santos lugares de La Meca y Medina*. Los enviados del monarca saudí han repartido en una sola semana 40.000 de esos paquetes, que contienen 25 kilos de arroz, azúcar, habas, lentejas, harina, aceite y leche en polvo. La distribución es efectuada puerta a puerta para evitar que, como es habitual, la ayuda humanitaria a Líbano caiga en manos de las milicias y éstas la revendan en sus supermercados.

Múltiples guerras

Con 100.000 casas destruidas durante las múltiples guerras civiles y 110.000 familias expulsadas por mano militar de sus hogares, el pequeño y frágil Líbano se ha convertido en un gigantesco campo de refugiados, y el grueso de sus habitantes, en una comunidad de mendigos. El Ministerio de Educación acaba de informar que el 20 por ciento de los 787.000 estudiantes libaneses ha abandonado este curso sus estudios por no poder pagar los gastos de escolaridad. A gran parte de estos desertores forzosos de la escuela o el instituto se les ve trabajando en talleres, panaderías, carnicerías, mercados de frutas o verduras, u ofreciendo una improbable protección a los coches aparcados.

Incluso si se tiene dinero, vivir en Beirut supone dedicar la mayor parte de las energías a proveerse de velas, gasolina para el coche o el generador, alimentos enlatados que almacenar, un teléfono que marcha alguna que otra vez o una garrafa de gas que compartir entre la cocina y la estufa. Escasean la harina y la gasolina, y las colas delante de hornos y surtidores comienzan a las seis de la mañana, terminan con la luz del sol y causan varias muertes a la semana.

Hace unos días, una mujer de 38 años murió delante de una panadería, víctima de dos sujetos que, exasperados por la espera, arreglaron una pequeña disputa desenfundando sus revólveres. Como no hay policía ni justicia —o, mejor dicho, los restos de estas instituciones son inoperantes—, nunca se supo la identidad de los homicidas.

Recientemente, la prensa beirutí dedicó más espacio de lo habitual a un suceso corriente: un policía vestido de civil había sido herido por dos atracadores disfrazados de policía. A bastantes libaneses, el hecho les hizo gracia. En realidad, los libaneses siguen manteniendo aún una estimulante capacidad para reírse de sus propias desgracias, combinada con profundísimas depresiones.

Estos cambios de humor son sostenidos por un consumo masivo y alternativo de tranquilizantes y estimulantes, de uso tan corriente en Beirut como el de la aspirina en otras ciudades. Uno de los mejores psiquiatras de la ciudad cuenta el caso de un miliciano, paciente suyo, que cada vez que tenía que ir a su posición en las barricadas se atiborraba de pentazocina, un poderoso calmante, para, decía, "no sentir el dolor si resulto herido".

Dejar la ciudad no es fácil. No es sólo que los beirutíes la adoren e incluso emigrados y exiliados vuelvan a la ella en vacaciones; es que, además, hace falta encontrar un país extranjero que les dé visado, y hoy en día el libanés, mientras no pruebe lo contrario, es un *presunto terrorista* para los servicios de seguridad mundiales. Así que, mientras esperan que prosperen sus solicitudes en las embajadas extranjeras —norteamericana, francesa, canadiense y australiana en primer lugar—, los beirutíes se buscan la vida. Para conseguir agua cavan pozos artesianos; para evacuarla abren fosas sépticas; para tener luz compran generadores; para hablar con los vecinos usan transmisores-receptores.

Cotizaciones

Individualistas profundos, los beirutíes, sin embargo, no se ponen de acuerdo para garantizar servicios públicos mínimos, como la recogida de basuras. Es milagroso que no haya serias epidemias en una ciudad donde los desechos se amontonan en las esquinas durante semanas. En cambio, buenos comerciantes han creado muchas pequeñas industrias de recuperación de papeles, cartones, plásticos y vidrios, alimentadas por los miles de personas que hurgan en los vertederos.

Pero el verdadero menester de la inmensa mayoría de beirutíes es el cambio de moneda. Desde el comienzo de los conflictos bélicos, en 1975, y hasta hace unos meses, no había vecino de la ciudad que no siguiera minuto a minuto los informativos de las emisoras de radio locales. Se buscaba saber si había francotiradores en los pasos entre el lado Este y el Oeste, si tal o cual barrio estaba siendo bombardeado y si el último alto el fuego tenía alguna posibilidad de prosperar. Era una cuestión de supervivencia física.

Ahora lo que se sigue son las variaciones del tipo de cambio del dólar norteamericano. Es un asunto de supervivencia económica, y no hay vecino, desde los 8 a los 80 años, que no pueda informarte de cuál era hace 15 minutos el valor del dólar frente a la libra libanesa y frente al resto de las divisas mundiales. Líbano, de hecho, está rebozando de dólares, y éstos vienen de los envíos de los cientos de miles de emigrados, del contrabando a través de los numerosos puertos ilegales y del tráfico de hachís y heroína, actividad esta última que supone la principal fuente de divisas del país.

Más allá de sus diferentes romances con los franceses, los sirios, los iraníes o los israelíes, los beirutíes están ahora unidos en una gran historia de amor con el billete verde norteamericano. La compra de una casa, un coche, un televisor o un billete de avión se hace en Beirut en dólares. Aún más, al plomero, al médico o al mecánico se les paga en la misma moneda.

Eso ha convertido a toda una población en compradores y vendedores de dinero, tan ocupados y casi tan avisados como los de Wall Street. Calculadora, transistor y transmisor-receptor a mano, la propietaria de una *boutique* informa que compra su mercancía en francos franceses y la vende en libras libanesas o dólares. Para vender un pantalón, explica, debe conocer exactamente la paridad del franco con las otras dos monedas.

Jugar a cambistas

La ausencia de todo gobierno y más de una docena de años de guerra han terminado hundiendo la libra libanesa, antaño una de las monedas más fuertes del mundo.

Si se piensa que el salario mínimo libanés no alcanza a los 20 dólares, se comprenderá por qué la población intenta incrementar sus ingresos jugando a cambiar y descambiar billetes. El empleado de embajada, el profesor de instituto, el comerciante, el mecánico, todo el mundo se ha convertido en Beirut en un *cambista salvaje*, con fajos de dólares y libras en las chaquetas.

La gente, lejanos descendientes de los fenicios, disfruta, además, con ello. Líbano tiene unos tres millones y pico de habitantes, y de ellos, ni más ni menos que 200.000 tienen abiertas cuentas en dólares en los bancos del país. En esas cuentas, dicen los banqueros, hay ingresados y en permanente movimiento unos 3000 millones de dólares.

Mientras la distancia entre millonarios y pobres se agranda en Beirut, que fue una ciudad de próspera clase media, sus habitantes siguen adelante con otra de sus grandes aficiones: los coches, cuanto más grandes y aparatosos, mejor. Robados en Europa, introducidos a través de los puertos ilegales, sin placas de matrícula, estupendos Buick, Mercedes y BMW circulan por las tortuosas rutas de la capital.

15 años de destrucción

UNA GUERRA ACCIDENTAL

(Por Walter Goobar) Un proverbio árabe dice: "Estoy contra mi hermano, pero mi hermano y yo estamos en contra de mi primo. De todas maneras, mi primo, mi hermano y yo estamos contra nuestro vecino". Esta cita milenaria resume, de alguna manera lo que ocurre en el Líbano, arrasado por una guerra civil que días atrás ingresó en su decimoquinto año, con más de 150.000 muertos y una ferocidad que parece no tener límites.

Iniciada "accidentalmente" el 13 de abril de 1975, cuando una milicia cristiana disparó contra un autobús y mató a 27 musulmanes, las consecuencias de la guerra son tales que el Líbano, un país próspero hasta la década del '70, en que era considerado el mayor centro financiero y comercial del Medio Oriente, hoy no consigue contabilizar su población. Los números varían de 2,8 millones a 4 millones de habitantes, divididos en un 62 por ciento de musulmanes (sunitas, chiitas y drusos), y un 25 por ciento de cristianos maronitas (que dominan políticamente el país), además de los griegos ortodoxos, los armenios, los católicos, los protestantes y unos 2000 judíos. Hay, también, cerca de 500.000 palestinos que llegaron al país en 1970, expulsados de Jordania.

La independencia en 1941, y la salida de los franceses en 1945 provocaron el agravamiento de las seculares cuestiones étnicas entre cristianos y musulmanes. La solución fue el Pacto Nacional, un acuerdo no escrito realizado en 1943 que reformuló la Constitución de 1928 y dividió las cuotas de poder. Vigente formalmente hasta hoy, el Pacto mantiene el predominio político de los cristianos, que tienen derecho a elegir al presidente de la república y controlan el 30 por ciento de las bancas en el Parlamento. Los musulmanes, que ahora tienen un gobierno propio, reciben el apoyo de la vecina Siria que, a su vez cuenta con el apoyo de la Unión Soviética. Los musulmanes están divididos en dos grandes grupos (sunitas y chiitas) y en la actualidad se han aliado con los drusos, a quienes anteriormente enfrentaron, para combatir a los cristianos. Los musulmanes pretenden reformular el Acuerdo y redistribuir las cuotas de poder.

En las distintas fases de la guerra se hicieron alianzas y se registraron rupturas entre, prácticamente, todas las partes involucradas. Los radicales drusos que hoy combaten junto a los chiitas, ya lucharon contra ellos aliados a los cristianos, hoy convertidos en el enemigo común. En medio de esa confusión, predominan los intereses estratégicos. Primero los de la vecina Siria que, bajo el pretexto de la guerra civil y lo que ésta significaba para su propia seguridad, invadió el Líbano en 1976 y concentró allí un ejército calculado en 30.000 hombres. En el otro extremo está Israel, que desde 1968 ha realizado innumerables ataques e incursiones, apoya a los cristianos y mantiene un ejército títere en el sur del país.





us habitantes es tan intenso como en las ndes batallas, asedios y bombardeos.

n invierno llueve torrencialmente y con n aparato de rayos y truenos sobre rut. Las casas se hunden. Hay muertos, agujereadas calles y carreteras se transman en ríos, las alcantarillas desbordan riste ironía, todo ello provoca que no saluna gota de agua de las canillas. Los rutíes que aún pueden pagarlo hacen su *ette* con agua mineral, se forman grandes s frente a las fuentes públicas y muchos os ganan unas monedas llenando para os los bidones de plástico.

la luz de las velas o de dos o tres bomas alimentadas con generadores portátiles de gasolina, un millón largo de personas, cristianos y musulmanes, tirita en sus casas, acribilladas en 100 combates. Las lluvias derrumban los postes y cables de alta tensión aún en pie, y los cortes en el suministro eléctrico duran hasta 36 horas consecutivas. Los alimentos se pudren en los frigoríficos, la media docena de cadenas de televisión locales emite programas que pocos pueden ver, la radio de pilas es el principal medio de comunicación.

El regalo beirutí en las pasadas fiestas de Navidad y Año Nuevo ha sido el generador portátil de electricidad. Ese trasto —200 dólares el más barato— se ha convertido en un accesorio doméstico imprescindible.

Durante el día, unas 800 personas recorren las casas y entregan a los vecinos pesados paquetes con el sello *regalo del rey Fahd, custodio de los santos lugares de La Meca y Medina*. Los enviados del monarca saudí han repartido en una sola semana 40.000 de esos paquetes, que contienen 25 kilos de arroz, azúcar, habas, lentejas, harina, aceite y leche en polvo. La distribución es efectuada puerta a puerta para evitar que, como es habitual, la ayuda humanitaria a Líbano caiga en manos de las milicias y éstas la revendan en sus supermercados.

Múltiples guerras

Con 100.000 casas destruidas durante las múltiples guerras civiles y 110.000 familias expulsadas por mano militar de sus hogares, el pequeño y frágil Líbano se ha convertido en un gigantesco campo de refugiados, y el grueso de sus habitantes, en una comunidad de mendigos. El Ministerio de Educación acaba de informar que el 20 por ciento de los 787.000 estudiantes libaneses ha abandonado este curso sus estudios por no poder pagar los gastos de escolaridad. A gran parte de estos desertores forzosos de la escuela o el instituto se les ve trabajando en talleres, panaderías, carnicerías, mercados de frutas o verduras, u ofreciendo una improbable protección a los coches aparcados.

Incluso si se tiene dinero, vivir en Beirut supone dedicar la mayor parte de las energías a proveerse de velas, gasolina para el coche o el generador, alimentos enlatados que almacenar, un teléfono que marcha alguna que otra vez o una garrafa de gas que compartir entre la cocina y la estufa. Escasean la harina y la gasolina, y las colas delante de hornos y surtidores comienzan a las seis de la mañana, terminan con la luz del sol y causan varias muertes a la semana.

Hace unos días, una mujer de 38 años murió delante de una panadería, víctima de dos sujetos que, exasperados por la espera, arreglaron una pequeña disputa desenfundando sus revólveres. Como no hay policía ni justicia —o, mejor dicho, los restos de estas instituciones son inoperantes—, nunca se supo la identidad de los homicidas.

Recientemente, la prensa beirutí dedicó más espacio de lo habitual a un suceso corriente: un policía vestido de civil había sido herido por dos atracadores disfrazados de policía. A bastantes libaneses, el hecho les hizo gracia. En realidad, los libaneses siguen manteniendo aún una estimulante capacidad para reírse de sus propias desgracias, combinada con profundísimas depresiones.

Estos cambios de humor son sostenidos por un consumo masivo y alternativo de tranquilizantes y estimulantes, de uso tan corriente en Beirut como el de la aspirina en otras ciudades. Uno de los mejores psiquiatras de la ciudad cuenta el caso de un miliciano, paciente suyo, que cada vez que tenía que ir a su posición en las barricadas se atiborraba de pentazocina, un poderoso calmante, para, decía, "no sentir el dolor si resulto herido".

Dejar la ciudad no es fácil. No es sólo que los beirutíes la adoren e incluso emigrados y exiliados vuelvan a la ella en vacaciones; es que, además, hace falta encontrar un país extranjero que les dé visado, y hoy en día el libanés, mientras no pruebe lo contrario, es un *presunto terrorista* para los servicios de seguridad mundiales. Así que, mientras esperan que prosperen sus solicitudes en las embajadas extranjeras —norteamericana, francesa, canadiense y australiana en primer lugar—, los beirutíes se buscan la vida. Para conseguir agua cavan pozos artesianos; para evacuarla abren fosas sépticas; para tener luz compran generadores; para hablar con los vecinos usan transmisores-receptores.

Cotizaciones

Individualistas profundos, los beirutíes, sin embargo, no se ponen de acuerdo para garantizar servicios públicos mínimos, como la recogida de basuras. Es milagroso que no haya serias epidemias en una ciudad donde los desechos se amontonan en las esquinas durante semanas. En cambio, buenos comerciantes han creado muchas pequeñas industrias de recuperación de papeles, cartones, plásticos y vidrios, alimentadas por los miles de personas que hurgan en los vertederos.

Pero el verdadero menester de la inmensa mayoría de beirutíes es el cambio de moneda. Desde el comienzo de los conflictos bélicos, en 1975, y hasta hace unos meses, no había vecino de la ciudad que no siguiera minuto a minuto los informativos de las emisoras de radio locales. Se buscaba saber si había francotiradores en los pasos entre el lado Este y el Oeste, si tal o cual barrio estaba siendo bombardeado y si el último alto el fuego tenía alguna posibilidad de prosperar. Era una cuestión de supervivencia física.

Ahora lo que se sigue son las variaciones del tipo de cambio del dólar norteamericano. Es un asunto de supervivencia económica, y no hay vecino, desde los 8 a los 80 años, que no pueda informarte de cuál era hace 15 minutos el valor del dólar frente a la libra libanesa y frente al resto de las divisas mundiales. Líbano, de hecho, está rebozando de dólares, y éstos vienen de los envíos de los cientos de miles de emigrados, del contrabando a través de los numerosos puertos ilegales y del tráfico de hachís y heroína, actividad esta última que supone la principal fuente de divisas del país.

Más allá de sus diferentes romances con los franceses, los sirios, los iraníes o los israelíes, los beirutíes están ahora unidos en una gran historia de amor con el billete verde norteamericano. La compra de una casa, un coche, un televisor o un billete de avión se hace en Beirut en dólares. Aún más, al plomero, al médico o al mecánico se les paga en la misma moneda.

Eso ha convertido a toda una población en compradores y vendedores de dinero, tan ocupados y casi tan avisados como los de Wall Street. Calculadora, transistor y transmisor-receptor a mano, la propietaria de una *boutique* informa que compra su mercancía en francos franceses y la vende en libras libanesas o dólares. Para vender un pantalón, explica, debe conocer exactamente la paridad del franco con las otras dos monedas.

Jugar a cambistas

La ausencia de todo gobierno y más de una docena de años de guerra han terminado hundiendo la libra libanesa, antaño una de las monedas más fuertes del mundo.

Si se piensa que el salario mínimo libanés no alcanza a los 20 dólares, se comprenderá por qué la población intenta incrementar sus ingresos jugando a cambiar y descambiar billetes. El empleado de embajada, el profesor de instituto, el comerciante, el mecánico, todo el mundo se ha convertido en Beirut en un *cambista salvaje*, con fajos de dólares y libras en las chaquetas.

La gente, lejanos descendientes de los fenicios, disfruta, además, con ello. Líbano tiene unos tres millones y pico de habitantes, y de ellos, ni más ni menos que 200.000 tienen abiertas cuentas en dólares en los bancos del país. En esas cuentas, dicen los banqueros, hay ingresados y en permanente movimiento unos 3000 millones de dólares.

Mientras la distancia entre millonarios y pobres se agranda en Beirut, que fue una ciudad de próspera clase media, sus habitantes siguen adelante con otra de sus grandes aficiones: los coches, cuanto más grandes y aparatosos, mejor. Robados en Europa, introducidos a través de los puertos ilegales, sin placas de matrícula, estupendos Buick, Mercedes y BMW circulan por las tortuosas rutas de la capital.



EN EL AGUJERO NEGRO

El periodista norteamericano Charles Glass, antiguo corresponsal de la cadena televisiva ABC fue secuestrado hace dos años en Beirut por un grupo fundamentalista islámico, que lo mantuvo cautivo durante 61 días. En esta nota, el periodista narra su cautiverio en suburbio de la capital libanesa y su rocambolesca fuga. En la actualidad se estima que hay más de una docena de rehenes extranjeros en el Líbano.

Por Charles Glass

El sudor me corría lentamente por el rostro, y las gotas caían sobre el suelo de hormigón de manera irregular. Tras más de una hora inmóvil, sentado en cuclillas en un rincón, tenía las piernas entumecidas. No sentía las manos. El trozo de tela que las mantenía atadas a la espalda estaba demasiado apretado e impedía la circulación de la sangre. Para bombear sangre hacia las manos, cerraba y abría lentamente los puños. "¿Por qué mover manos, Dallas?". La pregunta provenía de una voz nasal incapaz de pronunciar mi nombre. "No mover manos, Dallas". Dejé las manos quietas.

La voz nasal y varias otras, todas ellas procedentes de unos adolescentes armados, apoyados contra la pared a mi espalda, comenzaron una discusión en árabe sobre quién había sido el más valiente hacia dos horas, durante el secuestro. Creyendo que estaban distraídos, me aventuré de nuevo a abrir y cerrar las manos. La voz nasal gritó: "¡No mover manos, Dallas!". Su dueño se puso en pie, se acercó a mí y reforzó la orden clavándome una pistola en la espalda.

Durante el primer día de mi cautiverio, el miércoles 17 de junio de 1987, me convertí en el 28° extranjero "desparecido, presuntamente secuestrado" en Líbano.

Me encontraba a la mitad de un viaje que había comenzado el anterior mes de marzo en Alexandretta, en el sur de Turquía, por toda la costa del Mediterráneo oriental hasta Aqaba, en el mar Rojo. De este viaje por el Levante mediterráneo o, sin darle ninguna connotación política, la Gran Siria, saldría un libro de recuerdos de viaje, *Tribus con banderas*, para la editorial William Heinemann. Había recorrido la mayor parte de Siria y Líbano, pero aún no había visitado Israel ni Jordania. El hecho de que Líbano estuviera en guerra lo hacía más interesante.



Charles Glass se reunió con su esposa, Fionda y sus hijos en Londres.

Las "pruebas"

Pasé lo que sería mi última noche en libertad en la casa de Alí Osseiran, en el sur de Líbano; Alí era un viejo amigo; su padre, Adil Bey Osseiran, era el ministro de Defensa de Líbano y uno de los dirigentes chiitas tradicionales más respetados. Desperté temprano esa cálida mañana del miércoles para ducharme y hacer el equipaje. Algunas de las cosas que metí en la maleta se usarían después como "pruebas" en mi contra: el diario de mi viaje hasta la fecha, cuadernos de semanas anteriores, cuadernos con señas y teléfonos, prismáticos, cámara fotográfica, radio y un largo manuscrito sobre la influencia de Irán en los grupos chiitas de Líbano escrito por un joven periodista libanés que me había pedido que le corrigiera el inglés.

Tenía intención de acompañar a Alí en su diario viaje a Beirut, y posteriormente seguir mi camino con guardaespaldas drusos a ver a su líder, Walid Jumblatt, en su ancestral palacio en las montañas. Cuarenta y ocho horas después, pensaba, estaría a salvo fuera de Líbano.

Era una mañana despejada, pacífica, a pesar de los recordatorios de la guerra: los pueblos cristianos abandonados en plena lucha hacía cuatro años, y recientemente destruidos por los drusos para impedir que la abundante población chiita se trasladara a ellos; hasta las iglesias habían sido completamente arrasadas. A cada kilómetro atravesábamos una barricada del Ejército sirio, en la que soldados armados hacían gestos enérgicos a los coches mientras éstos reducían la velocidad y seguían avanzando.

Un coche sin matrícula

En alguna parte de estos suburbios, pensaba, estaban muchos de los extranjeros secuestrados en Líbano en los años desde la invasión israelí. Alí y yo hablamos de los rehenes. Pasamos otro control sirio en el barrio de Ouzai. Del lado izquierdo de la carretera surgió un Mercedes verde sin matrícula que se colocó delante de nosotros, moviéndose lentamente con el tráfico matutino. Dije, bromeando, que parecía que el Mercedes había "perdido" la matrícula y Alí dijo que muchos coches las perdían, en referencia al boyante negocio de coches robados.

El tráfico avanzaba tan lentamente que casi no nos dimos cuenta cuando, de repente, el Mercedes se colocó en ángulo con nuestro Volvo y se detuvo. Se abrieron las cuatro puertas del Mercedes, y cuatro o cinco jóvenes con armas saltaron del coche. Por lo menos otros cuatro pistoleros salieron del coche que estaba detrás de nosotros. Todos eran jóvenes, 18 o 19 años, 20 como mucho, y llevaban ropas de paisano. Todos menos dos tenían barba. La mayoría empuñaba rifles AK-47 u otro tipo de fusiles automáticos ligeros, aunque algunos tenían pistolas.

Ordenaron a Alí y a Suleimán que salieran del coche y se estuvieran quietos a un costado. Se situaron cada uno a un lado del coche. Me quedé solo en el asiento trasero, temiendo moverme. Uno de los jóvenes me apuntó con su fusil por la ventanilla trasera derecha y me dijo que saliera. Otros dos abrieron la puerta izquierda y me sacaron a la carretera.

Busqué algún sitio para esconderme, pero había jóvenes armados por todas partes. Cientos de personas veían lo que estaba pasando, pero nadie hizo nada. Hombres y mujeres entraban y salían de las tiendas a ambos lados de la autopista. Los obreros de los garajes y de los almacenes observaban sin moverse. La gente de los otros coches atascados en el fuerte tráfico en dirección Norte y Sur fingían no ver nada.

Yo no quería entrar en el Mercedes. En ese momento me acordé de David Hirst, el corresponsal de *The Guardian* secuestrado por unos instantes el año anterior. Cuando le pregunté en una ocasión cómo había tenido valor para escaparse de sus secuestradores en medio de la operación, me dijo: "No podía soportar pensar que me iban a empujar a ese agujero negro".

Me resistía a entrar en el coche. Cuando parecía que iba a lograr soltarme, un hombre con barba apuntó el arma hacia mí y dijo a voz en grito, en un inglés con fuerte acento extranjero. "Te mato". La voz, su tono amenazador y terriblemente serio, me asustó más que el arma y me dejó perplejo por un instante. Otro pistolero que estaba a mi espalda levantó el kalashnikov y me golpeó en la cabeza con la culata. El golpe me derribó al suelo, y me dejó mareado, sin perder el sentido. Me levantaron, y la puerta abierta del Mercedes se cernió sobre mí como el agujero negro de David Hirst.

Mientras se alejaba a toda velocidad, el conductor me preguntó la nacionalidad en árabe. "Mi padre es irlandés y mi madre es libanesa". Esto era casi cierto; los antepasados de mi padre habían emigrado de Irlanda a Estados Unidos hacía más de 250 años, y los abuelos de mi madre se habían marchado de Líbano hacía 90 años. Me pidió el pasaporte, que estaba en mi maleta, en el Volvo de Alí. Le pasé una pequeña cartera de plástico con varias tarjetas de prensa. Estudió las tarjetas mientras conducía. "Eres un puto mentiroso", dijo en inglés, indicando una de las tarjetas. "Aquí dice norteamericano".

El Mercedes verde se paró donde acababa el camino, ante una enorme barrera de tierra, de unos cuatro metros de altura, que formaba parte del muro occidental entre las dos mitades de Beirut. Aquí, la llamada *línea verde* era realmente verde, en un punto en el que un bosque de maleza, de hasta una altura de cinco metros, separaba a los musulmanes de los cristianos. Observando ceñudo la desolación desde un viejo cartel del primer piso de un edificio con arcadas estaba el *ayatola* Jomeini.

El anillo de boda

Me llevaron hasta un rincón alejado y me vaciaron los bolsillos. Cogieron el dinero, algunos papeles y las llaves de mi maleta. Me dijeron que me quitara el cinturón. Había estado en la cárcel anteriormente y recordaba que la mayoría de los carceleros también te quitaban los cordones de los zapatos, pero éstos no lo hicieron. Sin embargo, me pidieron mi anillo de boda, mi única joya. Cuando me negué, uno me preguntó: "¿Cuánto quiere por él?".

"Mi esposa me lo puso, y no me lo he quitado jamás."

"No vamos a robárselo", dijo, ofendido. "Se lo devolveremos".

De mala gana, me lo quité y se lo entregué. Me sentaron de cara al rincón y me ataron las muñecas a la espalda con un trapo. Alguien me dijo que no me moviera, que no apartara la vista del rincón. Un muchacho con una voz nasal se me acercó, me clavó la pistola y me dijo: "Tú, CIA."

Cuando anocheció encendieron velas y las pusieron en el suelo. Mirando por debajo de la venda, lo único que podía ver eran sus sombras en el suelo y sus zapatos. Empecé a reconocerlos por sus zapatos: zapatos marrones con cordones, mocasines negros, botas negras y sandalias marrones. Uno de ellos, que llevaba unos zapatos marrones con cordones, y que me había ofrecido antes una cerveza, se sentó de repente a mi lado. Otro me abrió las esposas de la mano derecha y las puso en la muñeca derecha del muchacho que estaba a mi lado. También me quitó la venda y me dijo que bajara la vista.

El muchacho de barba con los zapatos marrones con cordones, que estaba ahora esposado a mí, comenzó una extraña conversación: "¿Eres israelí?", me preguntó.

"¿Cómo?".

"¿Trabajas para los israelíes?".

"No seas ridículo".

"Por favor", dijo en voz baja, en un inglés bastante fluido. "Soy un cristiano que trabaja para Israel. Llevo dos semanas retenido aquí".

Si no hubiera reconocido sus zapatos y su voz, podría haberle creído. Supuse que o estaba loco o se trataba de una treta tremendamente inepta para arrancarme una confesión. Hablamos durante mucho tiempo, él fingiendo ser un cristiano libanés y yo fingiendo creerle. De cuando en cuando se acercaba un guardia, le decía que no hablara y fingía golpearle en la cara. Yo fingía compadecerme de él cuando él fingía llorar.

Los 61 días siguientes los pasé encadenado como un animal. Una semana después, los secuestradores liberaron a mis dos amigos libaneses. Yo pasé el resto del tiempo en cuatro pisos diferentes, siempre en reclusión solitaria. Los días pasaban lentamente, y tuve que idear medios de supervivencia y, finalmente, de fuga. Entretanto, tuve seis sesiones de interrogatorio y *confesé* ser espía de la CIA en una grabación de video. Escribí notas con tinta y con mi propia sangre, en un vano intento de comunicarme con el mundo exterior. Las amenazas de muerte eran frecuentes, y en Londres mi familia sufría el dolor de no saber si estaba vivo o muerto. Finalmente, arriesgué la vida para escapar en medio de la noche, y tuve que soportar oír a Siria anunciar públicamente que, de alguna manera, había "facilitado" mi liberación.